

NECROLÓGICA

En memoria de José Álvarez Lopera, historiador del Arte. Semblanza humana y académica

El pasado ocho de febrero hizo un año que José Álvarez partió para siempre, se fue en la plenitud humana e intelectual, con un amplio programa de trabajo en elaboración y un rico bagaje de proyectos por realizar; nos dejó sin apenas darnos cuenta, con aquella sabia discreción tan inherente a su carácter y personalidad. La dramática e inesperada noticia nos sobrecogió de tal manera, que todavía cuesta asumirla y aceptarla; muy especialmente, a los que gozamos del privilegio de su amistad. De ahí que me honre, pero al mismo tiempo me llene de responsabilidad, el encargo de *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* (revista tan íntimamente ligada a sus años granadinos) de realizar su semblanza humana y académica (previa al merecido homenaje que esta publicación científica le rendirá en su número 40, correspondiente a 2009), pues debo conciliar, en su justa medida, mis sentimientos y percepciones de amigo de más de cuatro décadas, con el análisis y valoración que, como Historiador del Arte, me merece su trascendente obra investigadora y reconocida talla intelectual. Sin duda, hubiera sido más fácil glosar exclusivamente su fértil y brillante trayectoria académica; pero estoy convencido que, aunque sólo sea a manera de exordio, no debo hurtar al lector la posibilidad de conocer algunas de las singularidades más relevantes de la extraordinaria dimensión humana de un hombre cabal.

Aunque madrileño de adopción, como detallaré seguidamente, llevó a Granada en lo más hondo; mantuvo siempre el interés por las cosas de su tierra, por los avatares de la Universidad en donde se formó y comenzó su carrera académica, por el devenir académico y personal de sus antiguos compañeros, por todo lo referente a Algarinejo (el pueblo que le vio nacer un 23 de agosto de 1950 y fue ilusionado escenario de su niñez). Ávido siempre de noticias granadinas, agradecía vivamente un recorte de prensa, un e-mail, una llamada. Le gustaba estar al día porque, en cierta manera, era una forma más de mantener vivo el fuego de sus orígenes, la cercanía a su tierra; en definitiva, de fortalecer los intensos vínculos que siempre le unieron a Granada, de la que nunca quiso soltar amarras. Con legítimo orgullo, blasonó allá por donde fue de un atávico granadinismo.

Vivía y disfrutaba con intensidad sus viajes a Granada, últimamente cada vez más espaciados por imperativo de sus obligaciones; en aquellos reencuentros con los amigos, siempre asumió encantado el apretado programa al que le sometíamos; recuerdo interminables charlas, en torno a un café, o dilatadas veladas nocturnas hablando de la actualidad, de temas políticos, sobre la universidad, del deporte, de problemas e inquietudes y, también, de proyectos. Siempre buscó un hueco (solía ser muy a primera hora de la mañana) para pasear la vieja ciudad en un incansable afán por redescubrir Granada, disfrutando de sus ambientes, de sus gentes, valorando con la sagacidad crítica del historiador del arte la oportunidad de las últimas innovaciones arquitectónicas y urbanas; era aquella una

gratificante singladura cuyo último puerto fue siempre una taza de café en la plaza de Bibarrambla mientras repasaba los periódicos locales.

El curso académico 1978-1979 fue de capital importancia en la trayectoria personal y académica de José Álvarez, por su traslado a la Universidad Complutense de Madrid. El profesor José Manuel Pita Andrade, su maestro, hasta entonces catedrático en Granada, pasó a ocupar una de las cátedras de la prestigiosa universidad madrileña y, también, la dirección del Museo del Prado; estos acontecimientos orientaron la nueva singladura de José Álvarez lejos de Granada, Madrid fue ya desde entonces su residencia habitual. En 1981 contrajo matrimonio con la historiadora del Arte Esperanza Navarrete, en Madrid abrió ilusionado su primera casa, allí nacieron y crecieron sus hijos, Federico y Alfonso. Aunque nunca abandonó sus raíces andaluzas, ni pudo orillar la añoranza por Granada, llegó a integrarse en los usos y costumbres madrileños de tal manera que, desde su corazón granadino, no tenía reparo en confesar que en Madrid se sentía a gusto, feliz y realizado. Quizá le animaba el mismo sentimiento que al italiano Vicente Carducho que, sin mancillar el orgullo de su ascendencia florentina, escribió: "...si allí es la patria donde mejor sucede lo necesario a la vida, justamente yo me juzgo por natural de Madrid".

José Álvarez fue un ser íntegro, de grandes dotes personales, muy comprometido con los valores humanísticos, atento analista del acontecer de su país y de su tiempo, responsable en el más amplio sentido del término, honorable a carta cabal, amigo fiel y generoso, siempre presto a atender a todo el que lo necesitaba. De sonrisa fácil y verbo brillante, poseía un carácter abierto y un fino y muy característico sentido del humor, muchas veces inadvertido para los que no le conocían. Cercano a sus alumnos, docto pero nada engreído, su natural sencillez despertó la simpatía y el respeto de los que recibieron sus enseñanzas. Trabajador infatigable, tenaz, riguroso, autoexigente en la investigación, firme defensor de sus convicciones científicas; su ingente trabajo como docente e investigador estuvo presidido por una fuerte impronta vocacional. Ajeno a la vanidad, era discreto y nada dado a la autocomplacencia, la adulación o el agasajo; fue querido, respetado y admirado por sus compañeros y colegas de profesión, que siempre reconocieron en sus trabajos al intelectual riguroso y disciplinado que llevaba dentro.

Semblanza académica

Desde muy niño, las cualidades innatas y el deseo de aprender y saber fueron modelando una personalidad proclive al estudio. Más dotado para las humanidades que para cualquier otra rama del saber; por respeto a la voluntad paterna, inició en Granada los estudios de medicina, con sobresaliente rendimiento académico; pero su fascinación por los saberes histórico-artísticos terminaron ganándole definitivamente para la historia del arte. En 1974 se licenció en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, y un año más tarde obtuvo, con la máxima calificación, el grado de licenciado, con una investigación pionera orientada a la tutela y conservación del patrimonio: *La Alhambra*

entre la conservación y la restauración (1900-1915) (que vio la luz en 1977), referencia clave para el conocimiento del devenir más reciente del carismático monumento nazarí en los primeros años del siglo XX. Idéntica línea de intereses alumbraron los artículos: «Álbum de la Alhambra: una decisión polémica. El cese de Cendoya en 1923». *Cuadernos de la Alhambra* (13, 1977); «Don Guillermo J. Osma y el primer patronato de la Alhambra». *Cuadernos de Arte e Iconografía* (t.1, 2, 1988).

La orientación de aquellos años hacia la investigación patrimonial tuvo la más brillante consecución en su tesis doctoral: *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la guerra civil española*, estudio riguroso y ponderado de una etapa especialmente difícil y compleja de la política en torno a la tutela y conservación del patrimonio en España; el trabajo, que fue defendido en la Universidad de Granada en 1980, recibió del tribunal la calificación de sobresaliente *cum laude*, y llegó a las librerías, publicado por el Ministerio de Cultura, dos años más tarde.

José Álvarez publicó un importante elenco de trabajos dimanados de la investigación realizada para su tesis, de entre ellos destacaré: «Apuntes sobre la política de Bellas Artes del gobierno republicano durante la guerra civil: el arte al servicio de la propaganda y la influencia soviética». *Tercer Congreso del CEHA* (1980); «Iconografía de la lucha social en la Dictadura y la República: el ámbito socialista». *Cuadernos de Arte e Iconografía* (t. 2, 4, 1989); «La organización de la defensa de bienes culturales en Cataluña durante la Guerra Civil. II: La fase de “normalización” (Julio 1937-Marzo 1938)». *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* (17, 1985-1986); «La organización de la defensa de bienes culturales en Cataluña durante la Guerra Civil. III: La evacuación del P.H.A. catalán». *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* (18, 1987); «Los anarquistas españoles ante el legado histórico artístico 1936-1939». *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* (21, 1990); «Arte para una guerra. La actividad artística en la España republicana durante la guerra civil». *Cuadernos de Arte e Iconografía* (t. 3, 5, 1990); «Realidad y propaganda: el patrimonio artístico de Toledo durante la Guerra Civil». *Cuadernos de Arte e Iconografía* (t. 3, 6, 1990).

Su llegada a Madrid coincide también con el inicio de un importante giro en su línea de investigación: comienza a estudiar e investigar en profundidad la figura y la obra de El Greco. Su tenacidad para el trabajo y la entrega con la que asumió el nuevo proyecto comienzan pronto a fructificar en un elenco de publicaciones sobre el pintor cretense; fue entonces cuando inició el camino que en unos años le llevó a ser considerado una verdadera autoridad mundial en la figura de Doménikos Theotokópoulos. Entre esos primeros títulos deben recordarse: *La Pasión de Cristo en la pintura del Greco* (1985); *De Ceán a Cossío: la fortuna crítica del Greco en el siglo XIX* (1988); *El Greco: la obra esencial* (1993); el catálogo de la exposición: *El Greco: identidad y transformación. Creta, Italia, España* (Madrid, Roma, Atenas, 1999-2000); o *El retablo del colegio de doña María de Aragón del Greco* (2000), entre otros.

Estos trabajos fueron la génesis de un importante proyecto que no pudo concluir; tenía previsto realizar cuatro grandes volúmenes dedicados a Doménikos Theotokópoulos: *El Greco. Estudio y Catálogo* era su título. La magna empresa se orienta fundamentalmente

a la elaboración de un minucioso y bien documentado catálogo razonado de la obra del maestro candiota; desde que en 1962 el hispanista Harold Wetthey publicara el suyo, ningún estudioso había emprendido un trabajo tan arduo y complejo. José Álvarez vio publicados los dos primeros volúmenes; el primero, *Fuentes y bibliografía*, en la Navidad de 2005; el segundo, *Catálogo de obras originales: Creta. Italia. Retablos y grandes encargos en España*, en otoño de 2007. Obras ejemplares, hijas de una impecable y rigurosa metodología, encomiables ejemplos de saber, talento y sagacidad crítica. El tercero ha quedado inédito; se hallaba en avanzada elaboración pero, por lo que José Álvarez me argumentó, sólo unas semanas antes de su muerte, estaba aún falto de un atento proceso de revisión para completar fichas, cotejar datos, determinar atribuciones y pulir conceptos y opiniones críticas. Era un investigador riguroso, que no dejaba nada al azar, minucioso y autoexigente en su trabajo hasta límites insospechados.

En 2003 el actual director del Museo del Prado, Miguel Zugaza Miranda, llamó a José Álvarez Lopera para formar parte del organigrama de gestión científica de la primera pinacoteca española, designándolo jefe de conservación de pintura española (hasta 1700). Solicitó la excedencia como profesor titular de Historia del Arte de la Universidad Complutense y se incorporó al Museo del Prado con la misma entrega, ilusión y rigor en el trabajo que habían sido emblema de su precedente trayectoria académica. Junto a las actividades específicas de conservador, y a la luz de estas, surgieron algunas relevantes publicaciones, es el caso de: *Valdés Leal: la vida de San Ambrosio* (2003) o *El Museo de la Trinidad en el Prado* (2004).

En la última década, el maestro granadino Alonso Cano fue también tema recurrente de su curiosidad investigadora; como se desprende de un ciclo de trabajos que desvelan perfiles y parcelas generalmente orilladas por la historiografía sobre el artista; especialmente relevantes son: «Licencias de la imaginación: Alonso Cano, héroe romántico», en *Figuras e imágenes del Barroco. Estudios sobre el Barroco español y sobre la obra de Alonso Cano* (1999); «Fama temprana de Cano en Europa». *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada* (32, 2001); «Alonso Cano: la leyenda del artista». *El fingidor* (julio-diciembre 2001); «Cano desconocido: sobre conjuntos dispersos y pinturas desaparecidas», en el catálogo de la exposición *Alonso Cano. Espiritualidad y modernidad artística* (2001-2002) y «Cano en Granada. Certezas e incertidumbres», en el catálogo de la exposición *Alonso Cano. La modernidad del Siglo de Oro español* (2002).

La diversidad de sus intereses en torno a la Historia del Arte propició también la publicación de un buen número de trabajos (monografías y artículos), en muchos casos foráneos a sus líneas prioritarias de investigación; de entre ellos recordaré, a manera de ejemplo: «Aportaciones documentales sobre la edición de grabados de Goya de 1937». *Archivo Español de Arte* (232, 1985); «Revisión de un lugar común: Goya y Manet». *Reales Sitios* (128, 1996); «Don José Lázaro y el arte: Semblanza (aproximada) de un coleccionista». *Goya* (261, 1997); *Miguel Ángel* (1998); «La crisis de la pintura religiosa en la España del siglo XIX». *Cuadernos de Arte e Iconografía* (t.1, 1, 1988); *Tiziano y el legado veneciano* (2005). En este apartado, por su valía e interés, merece mención especial el monumental volumen-catálogo: *Maestros Modernos del Museo Thyssen-Bornemisza* (1992); un trabajo

titánico realizado con una pulcritud metodológica y científica encomiable. En sus más de setecientas páginas, el autor evidencia con nitidez un versátil y rico conocimiento de la pintura desde el realismo a las vanguardias.

Aunque lo reseñado es una selección representativa de la obra del profesor Álvarez Lopera, el catálogo de sus publicaciones no se agota aquí, es aún mayor; su talento, entrega y capacidad de trabajo le han convertido en un historiador del Arte no sólo prolífico, sino también admirado y respetado por la solvencia y calidad de sus trabajos. En su trayectoria destacan dos líneas prioritarias de investigación: la política de conservación del patrimonio y bienes culturales, con especial dedicación al período de la guerra civil española; y, sobre cualquier otra, el estudio y catalogación de la figura y la obra del Greco; sin duda, es en esta parcela donde ha realizado las aportaciones más relevantes, y en la que se le reconoce por estudiosos y especialistas como una autoridad.

El texto que precede sintetiza la semblanza personal y académica de un hombre íntegro, de un humanista lúcido, inteligente y capaz; un perfil humano y profesional escrito desde el afecto, pero también a la luz de la más imparcial equidad. José Álvarez Lopera, Pepe Álvarez, como le llamábamos los más cercanos, se nos fue irremisiblemente, pero nos deja su obra y su recuerdo imborrable; con él ha muerto una parte de nosotros.

Descanse en paz el hombre honesto y de bien, el ilustre profesor e investigador..., el amigo del alma.

ANTONIO CALVO CASTELLÓN

Departamento de Historia del Arte y Música. Universidad de Granada.

